

dos á la misma cadena, condenados á los mismos dolores, débiles, miserables, moribundos, que perdemos nuestra madre y nuestros hijos y regamos nuestro camino con lágrimas de fuego y de sangre.



CÓMO SE ROMPEN



CÓMO SE ROMPEN



EMOS visto cómo se forman las amistades, veamos ahora cómo se rompen y de qué modo se reanudan.

Continuamente perdemos amigos. Todos, dando una mirada al pasado, vemos el camino de la vida sembrado de ruinas de amistades, poblada de espectros de amigos perdidos, que nos hacen, desde lejos, demostraciones de ira, de reproches y burlas y nos obligan de vez en cuando á sostener con ellos violentas disputas, de algunas de las cuales salimos maltrechos, de otras justificados, pero de todas tristes, como de aquellos sueños en que nos parece hablar con gente muerta.

Perdemos amigos por culpa nuestra, por culpa de otros, por fuerza de las cosas, de mil maneras, por mil razones, terribles, jocosas, infantiles, inf-

cuas, ridículas, increíbles, inexplicables, indefinibles.

La mayor parte de las amistades, sin duda, se rompen por pereza; por una pereza de ánimo que está en muchos, los cuales, á la primera dificultad que surge entre ellos y un amigo, antes de emprender aquel largo trabajo fatigoso de pequeños sacrificios y pequeñas correcciones de sí mismos que harían posible la continuacion de la amistad, escogen la manera de romperla con los dos piés y la rompen sin ira, abandonando al amigo delicadamente, como se abandona un par de guantes que no se pueden poner al primer esfuerzo.

Estos quieren que los amigos se encuentren desde luego acomodados á la propia índole sin una costura y sin una arruga, y como encontrarlos es difícil, se pasan toda la vida probando y abandonando amistades y mueren casi siempre sin haber encontrado y conservado una sola.

Otras amistades se pierden por un error en que caen á menudo los hombres de naturaleza ardiente y expansiva, los cuales, engañados por ciertas cualidades simpáticas, creen poder hacer un amigo íntimo de uno que por su índole no es á propósito más que para ser un comensal agradable una vez al mes, ó un cómodo baston de paseo una vez á la semana; á veces

se abren á él con una confianza á la que no corresponde, le dedican su afecto al que no se muestran agradecidos y que no está en condiciones de devolver, y cuando recuerdan haberse equivocado, heridos en el amor propio, le devuelven todo cuanto le dió, con una precipitacion brutal que le ofende justamente y hace de él un enemigo: quieren forzar la hoja de la espada y la espada se rompe.

De otros amigos nos separamos con un desengaño más triste, despues de una larga familiaridad durante la cual se ha conseguido, con mucho arte, esconderle enteramente la verdadera alma.

Poco á poco, por ciertas sutiles grietas que dejan descuidadamente abiertas, entrevemos en ellos profundidades oscuras de egoismo que nos contristan; las apariencias de un buen acuerdo duran todavía por algun tiempo; despues la repugnancia se hace irresistible, y al primer pretexto que se ofrece, el nudo de la amistad ya no se suelta sino que se rompe para toda la vida.

*
* * *

Pero se dan en la vida de todos, momentos llenos de peligro para las mejores amistades, disposiciones de ánimo infelicesimas, durante las cuales, sería bueno que no se encontrasen ni siquiera los amigos más íntimos.

Todos conocemos los pequeños dramas que pueden sobrevenir—son tan antiguos como el género humano—y todos hemos sido actores de ellos, al ménos una vez en la vida.

Expresamos una opinion fuertemente ligada á nuestro amor propio.

Creemos encontrar al enemigo propicio, y encontramos una resistencia.

Es una fatalidad.

Desde las primeras palabras nos apercibimos los dos de que aquel día hay dentro de nosotros, otros dos *nosotros* que no se reconocen ni se comprenden.

El lenguaje, con una progresion tenuísima se ha-

ce áspero: cada palabra va sobre el otro como una hoja afilada; es como un genio maligno interpuesto entre nosotros que coge al vuelo los pensamientos y nos hace decir lo que no queremos y nos perturba el corazón y la cabeza.

Inútilmente buscamos de vez en cuando detenernos por la pendiente, aferrándonos á cualquier pensamiento benévolo: todos huyen á nuestras manos y vamos siempre al fondo del precipicio: nos esforzamos todavía por sonreir, pero tenemos la cara pálida y nos tiemblan las manos.

Todos los recuerdos de nuestra bella amistad se esconden uno despues de otro en una nube de ira que nos ciega; y entonces, brutalmente, como el bárbaro que suelta un puñetazo á falta de argumento, nosotros soltamos una de aquellas palabras insensatas y deplorables que destrozan una amistad para siempre.

Instantáneamente sigue un gran silencio.

En aquel silencio sentimos como por primera vez el sonido y el sentido verdadero de la palabra que se nos ha escapado y quedamos como soñando. Pero el orgullo se apodera otra vez de nosotros y nos arranca de allí bruscamente.

Sentimos necesidad de estar solos. Nos dirigimos por una calle solitaria. ¿Quién ha podido olvidar

II.—OB. DE AMICIS.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

jamás aquel inexplicable malestar físico, aquella humillación y tristeza que nos oprime en aquellos momentos, volviendo á casa solos, de noche?

Acuden en tropel á nuestra mente todas las palabras acres por las que hemos sido provocados, repetimos con obstinación las palabras ultrajosas que hemos dejado escapar para experimentar al sonido de aquellas palabras el sentimiento irresistible que nos las hizo parecer justas. Soplamos en nuestra ira, nos esforzamos por irritar nuestro orgullo para que se mantenga firme y no nos deje solos, desarmados frente á nuestra conciencia; miramos con ojos hostiles á los desconocidos que pasan, como si en cada rostro leyésemos un reproche que rechazamos soberbiamente.

Es inútil. Una voz insistente como de persona invisible que camine á nuestro lado, nos pregunta apresuradamente en tono de doloroso reproche si es verdad que aquello ha sucedido, si aquella palabra ha salido de nuestra boca, si es posible, si no volvemos de pronto atrás para decir que hemos tenido un momento de aberración.

Pero la sangre está todavía revuelta, los nervios agitados resisten; nosotros rechazamos aquella voz; desdeñamos justificarnos.

Pensamos también en los otros amigos, con los

cuales nos uniremos todavía más en adelante, hacia los cuales tendremos también más cuidados y más benevolencia que en lo pasado; en los muchos casos de nuestra vida, en los cuales, no teniendo razón, por cierto, lo habemos reconocido y reparado á tiempo; en todo lo que hay de bueno y de noble, á pesar de nuestros defectos en el fondo de nuestra naturaleza y en las pruebas que nos hemos dado y en las que nos proponemos darles; y saludamos con una expansión de benevolencia insólita á un conocido que pasa, como para demostrar á nosotros mismos que somos verdaderamente justos y honrados, con quien no nos obliga, provocándonos, á salir de nuestras casillas.

Pero en tanto bulle la ira, y en aquel silencio que se hace poco á poco en el ánimo, vuelve á sonar de repente aquella maldita palabra y la ofensa crece en nuestro pensamiento, se agiganta, y se hace monstruosa, inconcebible, intolerable.

Pensamos con un sentimiento de amargura y de fastidio indecible, al día siguiente, en la nueva condición en que nos encontramos respecto al amigo ofendido, en el tormento inexplicable de volverlo á ver, en el esfuerzo fatigoso que debemos hacer para sostener nuestro orgullo bajo el peso de aquel pensamiento que deberemos llevar, sabe Dios por cuan-

to tiempo. No lo llevamos más que hace algunos minutos y nos parece tenerle un mes encima: estamos ya fatigados.

Quisiéramos no haber trabado nunca amistad, no haber oído jamás aquel nombre, quisiéramos marcharnos, ¿qué sé yo? caminar algún tiempo en medio de gente nueva y olvidarlo todo.

No nos dejaremos jamás llevar á una disputa irritante; esta ha de ser la última vez que dejemos vencer nuestro orgullo: se paga demasiado caro, un momento de irreflexión.

La ira se ha desvanecido, no queda más que la tristeza, tristeza en la cual surgen mil hermosos recuerdos de la amistad que hemos matado: confianzas fraternales, manifestaciones simpáticas de la índole de nuestro amigo, discursos consoladores que ahora resultan todos placenteros; todo lo que hay de bueno en él se revela y se enciende, por decirlo así, en nuestra memoria y cada recuerdo nos dá un golpe en el corazón.

Hubiéramos querido ser nosotros los ofendidos, poder cambiar nuestro estado de ánimo con el suyo....

De pronto, una idea generosa pasa y nos ilumina....

Pero ¡qué! El orgullo se levanta como salva-

je furioso, la sangre se rebela y toda el alma rechaza aquella idea.

Un día, tal vez de aquí á mucho tiempo, cuando se presentará la ocasión; pero por ahora es imposible, nos revolveríamos furiosos contra quien nos quisiera acercar por fuerza.

Sin embargo, hay alguno que continúa hablándonos al oído obstinadamente, con acento dulce y triste, razonando, rogando, aconsejando, diciendo mil cosas sensatas y nobles, que inútilmente nos esforzamos por no oír y á las que estamos obligados á responder:

—Sí, es verdad, es lógico, es justo....

Daríamos cualquier cosa por encontrar á nuestro amigo frente á frente, por sentir su mano en la nuestra, ántes de haberla buscado. Entonces, sí, haríamos sin esfuerzo, el acto de reparación que la conciencia nos impone.

Experimentamos cierto consuelo internándonos en aquel pensamiento.

Nos parece ver á nuestro amigo en el fondo de la calle, como un punto negro: sentimos su paso que se aleja por una calle vecina; camina á nuestra espalda, desaparece en una puerta, lo entrevemos en un coche que pasa, toda la ciudad está llena de su imágen, por todas partes se nos aparece su

cara pálida y contrastada, con la huella de nuestro odioso insulto sobre la frente.

¡Ah! Esta vez estamos bien seguros de nosotros mismos; mañana iremos á buscarle; toda huella de resentimiento habra desaparecido; la última resistencia del orgullo será vencida; iremos á pedirle su amistad; unas cuantas horas aun en este estado, y todo habrá terminado.

Y entónces, la voz íntima nos dá el último grito.

—Y bien: no, no debes esperar á mañana. Haz un esfuerzo rápido. Arroja ese último resto de orgullo. Corre tras de tu nuevo amigo, alcánzalo, lo reconocerás de léjos, en la calle desierta, volviendo á su casa, como tú, sólo y melancólico, pensando en la amistad perdida, en tu injusticia y en la vanidad de los afectos humanos; acércate á él á pasos furtivos, mírale la cara, y díle una vez aquella bendita palabra que es la más noble palabra humana, cuando el corazon la dicta.

—¡Amigo, perdóname!

Y sentirás si hay alguna satisfaccion del amor propio, algun triunfo del orgullo, que valga una sombra de la alegría de estrecharle entre tus brazos.

*
* *

Lo que nos impide realizar aquel acto, es, casi siempre, el temor de que pueda aparecer aconsejado por la humillacion.

Pero es imposible. Quien va á buscar la paz de aquella manera, por impulso violento del corazon y de la conciencia, tiene algo en el rostro y en el acento, que destruye toda duda acerca del sentimiento que la mueve.

Bajo sus palabras humildes se siente temblar la entereza del ánimo: se comprende que aquel ímpetu de afecto viene de la misma fuente de que deriva el valor y la fuerza, se comprende por una expresion, casi imperiosa de la voz, profunda y trémula, que parece querer decir:

—Yo cumplo mi deber: cumple tú el tuyo.

No, no es el temor de parecer rastreros quien impide, casi siempre, aquel acto valeroso y noble: cuando la pasion es fuerte, todo temor desaparece. Nos detiene, en cambio, esto: que no son bastante

vivos y sinceros, en nosotros, ni el arrepentimiento ni el afecto de amigo.

Aquella generosa tentacion de humillarnos nos viene, en parte, de un sentimiento noble, sin duda; pero entra en nosotros, la mayor parte de las veces, aunque sea en pequeñísima parte y apenas perceptible para nosotros mismos, el bajo pensamiento de librarnos de un temor ó de un peligro con una apariencia de buena accion que engaña nuestra conciencia.

Esto, lo comprendemos confusamente, y no estando bastante seguros de nosotros mismos, nos osamos....

¡Ay de quien dé este paso sin sentirse empujado por un sentimiento purísimo! No hay término medio entre ser un ángel y un bellaco. Quien no sea sincero se delatará inevitablemente, ó en el acto mismo con los ojos sin brillo y la voz sin emocion, ó despues de la reconciliacion con otros mil signos infalibles.

El amigo, al cual leerá en la cara la deshonrosa duda, se le hará odioso; el recuerdo de su humillacion inútil, se le hará insoportable, y será condenado al suplicio de perpétua ficcion ó á reconocer abiertamente que ha mentido, y acabará la amistad.

No, ántes de pronunciar aquellas solemnes palabras:—¡Amigo, perdóname!—debemos sondarnos lo profundo del alma para ver si somos dignos de decirlas.

Quien las ha profanado una sola vez ha perdido la virginidad del honor.

*
* *

Pues bien; aquellas palabras han sido dichas y acogidas como merecen: no ha salido todavía de la boca la última sílaba, cuando los amigos se confunden en un abrazo, diciéndose:

—¡Olvidémoslo todo!

Entonces la amistad entra en un período nuevo, y por algún tiempo está como rejuvenecida, y vuelve á los cuidados y á las delicadezas de sus primeros días.

El que ha perdonado pone todo su cuidado en esconder, por temor de que parezca un triunfo, el sentimiento de complacencia que es imposible que no experimente; y el otro procura de todos modos ocultar aquel poco de vergüenza que le queda, no de haberse humillado, sino de haber ofendido al amigo, y procura ocultarla por temor de que sea interpretada como vergüenza de haberse humillado.

El primero, que se siente hallarse en deuda con quien le ha pedido perdon, coge al vuelo toda

ocasion para demostrarle su estima, y su afecto por él, lejos de menguar, ha crecido, y subordina á él el orgullo, espontáneamente, para evitar toda sospecha de que pueda abusar de su victoria; el otro, ansioso de probar al amigo que no sólo se le ha humillado por debilidad, sino por afecto, le rodea de cortesías, lo antepone á todos, y quisiera poderle dar de su amistad una prueba solemne y memorable.

Está bien seguro entonces de que jamás saldrá de su boca una palabra ofensiva contra el amigo; porque sabe que el acto nobilísimo, con el cual ha borrado la primera ofensa, no puede repetirse más de una vez. Entonces se siente ligado á él por su afecto sagrado: seria preciso que aquél le ofendiera mortalmente para romperlo.

La prueba ha sido saludable, lo ha hecho aun más cauto y más respetuoso por algún tiempo con todos los demás amigos, le ha extirpado del alma uno de sus defectos más graves.

Hay todavía entre ellos un sentimiento de sujecion recíproca; se aperciben de repente los dos de que alimentan un pensamiento comun, el recuerdo fresco de algún suceso del cual no podrán volver á hablar hasta dentro de muchos años; pero es la comunidad frecuente de aquel pensamiento jamás

expresado, lo que les liga más estrechamente, dando cierta expresion de timidez simpática á las miradas con que se escrutan y á los discursos con que procuran distraerse uno á otro de aquel recuerdo.

Su amistad jamás ha sido tan delicadamente atemperada por el respeto y la reserva, tan graciosa sin artificio, tan afectuosa sin desigualdades, tan placentera sin descanso.

Y si otra vez se corre peligro, se puede estar cierto de que en el momento más peligroso, bastará á tenerla á salvo el recuerdo de aquellas dos palabras que resonarán al mismo tiempo al oido de los dos, como el eco de voz grave y profunda:

—¡Amigo, perdóname!

*
* *

O estas palabras no son dichas ó la enemistad ha terminado, una de las pequeñas enemistades de que está lleno el mundo, no gangrena, sino carcoma de la sociedad humana.

Apenas despertados, despues de una noche inquieta, cuando el pensamiento os envuelve de improviso como una tela de araña en que ponéis la cabeza caminando, y os dá un enojo imposible de explicar. Otro enemigo, otro anillo arrancado á la cadena de los propios amigos, un nuevo tropiezo en la vida, una nueva causa de molestia y amargura que agregar á las otras innumerables; una persona más á quien temer, de quien huir, á quien vigilar; otra nube en los ojos, otra piedra al cuello, otra espina en el corazon.

Recaeis en otra vileza casi siempre: os arrepentís más ó ménos vivamente de vuestra ofensa, segun que vuestro amigo perdido es más ó ménos temible por su carácter y por su lengua; en el primer caso dais

á vuestro temor el falso color del afecto, y en el segundo, os excusais y os consolais fácilmente.

Una incertidumbre os inquieta. ¿Cuál será su ánimo? ¿Os ódia? ¿Os desprecia? ¿Os perdona?

Esta duda acerca de sus sentimientos se os hace más penosa y más siniestra que la seguridad de su ódio. Despues vienen las emociones dolorosas de los encuentros.

La primera vez, la sangre os bulle y parece que recibais un golpe en medio del pecho.

Por más que esteis preparados siempre, os parece una cosa extraña y triste el ver pasar por delante, inmóvil y casi muerta para vosotros aquella cara que se alumbraba otras veces por una sonrisa benévola cuando aparecía la vuestra á lo lejos; y el saludo que dedica al amigo que llevais al lado, de modo que os apercibais que á él solo va dirigido, os oprime el corazon como una injuria imprevista é inmerecida.

Pasan los días y los meses y con maravilla vuestra, no os habeis acostumbrado al vacío, por pequeño que sea, que ha dejado en vuestras costumbres y en vuestras conversaciones la desaparicion del amigo.

*
* *

Pasan los años; ó una ocasion favorable reconcilia á los dos enemigos, ó la enemistad dura toda la vida. ¡Cómo se alarga entónces, cómo se enrosca, cómo se retuerce y cómo agita sus cien colas envenenadas!

Se dice que habría que escribir una "Historia de la amistad," una historia de la enemistad sería obra por lo ménos tan original.

Como seríamos cautos para romperla con un amigo, si en el momento de decir la última sílaba, viéramos desfilar delante, en dos alas, todos los que por razon de sangre ó de interés, ó por adulacion, ó por propio placer, vinieran de una y otra parte á sostener con escaramuzas de artillero la tremenda batalla de dos cuerpos principales.

Desde el día siguiente al primer choque, las dos familias se dividen; las dos señoras se huyen, los niños se vuelven la espalda; los amigos que tienen á uno de los dos entre cejas, van á afilar la lengua.

á casa del otro; un servicio regular de espionaje se establece en torno de los dos adversarios de modo que ninguna palabra amarga pronunciada por uno de ellos sea perdida; ciertos amigos íntimos de una parte, toman por su cuenta poco á poco á ciertos amigos íntimos de la parte contraria; nace en breve tiempo una horrible confusion de acusaciones, sospechas, despechos, rencores, en los cuales, cien bocas soplan y cien manos atizan; muchos importunos, ofendidos por la mala acogida que tienen aquí y allá, rompen, al fin, con este, con el otro, con los dos; los amigos comunes tienen que desvelarse de continuo discutiendo para que los dos beligerantes no se encuentren nunca cara á cara con armas cortas; la fortuna y los honores que reciben de vez en cuando, enconan los rencores que empezaban á apaciguarse; la enemistad pasa algunas veces por una cadena de amigos y parientes, de una en otra ciudad, desarrollándose en antipatía y odios entre gente que no se conoce: descien- de á los niños, sube á los personajes, que la toman á punta de lanza, serpentea oculta durante años enteros; estalla despues á gran distancia de tiempo y de lugar, aquí en una batalla electoral, allá en una polémica literaria, y se reproduce en otras enemistades, cuyo primer origen es igual-

mente ignorado por las dos partes, y cuyas consecuencias no llegan jamás á noticia de las dos personas que han sido ocasion de todo, uno con una palabra aventurada, otro con soberbia testaruda.

*
* *

Y esto acontece bien á menudo, por una palabra, aun entre amigos que se quieren bien desde hace muchos años.

A quien le ha sucedido, no es posible que le salga de la memoria ni siquiera un detalle de lo que ha visto y oído aquel día.

No olvidará jamás, ciertamente, aquella larguísima noche de insomnio pasada revistando mil veces, con maravilla casi incrédula, los particulares de la escena dolorosa que obligó á uno y otro á aquel paso buscando á un tiempo por todas partes si queda todavía un camino de arreglo honroso y la posibilidad de un caso imprevisto, de un entrometimiento imperioso de amigos, de una carta conciliadora que echase todo á rodar; el malestar experimentado hácia el alba, al aparecer los dos testigos cuyo grave rostro mata toda esperanza; la tristeza de aquella interminable carrera en coche á través de la ciudad todavía gris y silenciosa, por aquellas calles desiertas donde

á cada paso se encuentra un recuerdo que parece ya lejanísimo, de un encuentro con el amigo, de una conversacion apresurada y alegre, de un saludo cordial ó burlon, cambiado al separarse; la primera sensacion del aire libre del campo que arrojó de la mente el último fantasma de la noche y reclamó toda el alma al sentimiento de la realidad, contemplado hasta entonces como en un sueño; el malestar sentido de piés á cabeza al escuchar aquellas palabras: —¿Es-tán? — En el momento aquel, al ruido de las hojas agitadas, sucede un silencio que parece altísimo; la emocion rápida y profunda, mezclada de no sé qué estupor, experimentada al ver al amigo pálido, descompuesto por una vigilia fatigosa; el sentimiento de amarga tristeza que nos embarga al observar de escapada aquella cara, aquella actitud que nos era tan familiar, oyendo aquel sonido de voz que nos recordaba tantas cosas, viéndole poner el guante en aquella mano que habíamos estrechado afectuosamente tantos años, y descubrir aquel brazo con el cual nos habíamos oprimido tantas veces el corazon cuando nos separábamos por mucho tiempo; el pensamiento que nos asaltó entonces, el ímpetu instantáneo de ternura que nos empujó á un hilo de arrojarnos sobre él, con los brazos abiertos para cubrirle la frente de besos; y despues, la maravilla dolorosa que nos asal-